Pedro Ramos

# ATLÁNTICO

## CUANDO EL MUNDO SE TIÑÓ DE NEGRO

# Atlántico

# Atlántico

Pedro Ramos

Finalista del Premio Edebé
de Literatura Juvenil

edebé

© Pedro Ramos, 2026

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de cubierta: Aurora Iraita

1.ª edición, febrero 2026

ISBN: 978-84-683-7698-1
Depósito legal: B. 19357-2025.
Impreso en España / Printed in Spain

PEFC Certificado
Este producto procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas
PEFC/14-38-00352 www.pefc.es

*Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Si se lo hubieran preguntado, Hervé Joncour habría respondido que su vida continuaría de ese modo para siempre.

ALESSANDRO BARICCO, *Seda*

# 1

Este no es el clásico relato de dos adolescentes que se enamoran y comparten juntos el resto de su vida. Resulta un poco más complicado.

Esta es la historia de un joven que era tan tímido que pensaba que su vida empezaría cuando terminase el instituto. En otro lugar. Entonces, le rompieron el corazón, hizo un amigo, se hundió un barco, conoció a Yolanda y vivió el mejor fin de semana de su vida.

La casualidad, la coincidencia, la serendipia son un desorden aparente de los datos. Un error en la escala de observación. Todo hecho, todo acontecimiento que podemos observar, tiene una serie de causas que lo han producido. Aunque,

la mayoría de las veces, no seamos conscientes de ello. Eso es lo que llamamos «casualidad».

Alguien podrá decir que los hechos que se narran a continuación son producto de mi fantasía. La mayoría han sucedido, así lo recuerdo.

Esta es mi historia.

# 2

Camelle, el pueblo donde nací, era una ladera de casas iluminada por una docena de farolas. Y viento. Aquella lluvia, los latigazos de aquella lluvia horizontal, formaba parte del mito de una costa indomable, rebelde, que llevaba la muerte en su nombre.

Costa da Morte.

Lugar de milagros y leyendas, donde en 1890 naufragó el buque de guerra británico Serpent. Solo tres tripulantes sobrevivieron. Sus ciento setenta y dos compañeros fueron enterrados por mis antepasados en lo que hoy conocemos como el Cementerio de los Ingleses.

Yo he crecido, poco más de un siglo después, en esos mismos acantilados, en esas mismas playas, breves, de arena fina y agua cristalina.

En el Mediterráneo, el hombre es la medida de todas las cosas. En el Atlántico, la naturaleza es la que gobierna. El sol, el viento, las nubes, el océano. El hombre no decide nada. El universo tiene un plan y nosotros somos demasiado pequeños para poder interpretarlo. El azar no existe en el universo; como concepto humano, nos ayuda a comprender y estudiar lo que sucede, reduce a nuestra escala la complejidad que surge de forma natural.

# 3

Para nosotros, Man siempre estuvo ahí. Los adultos decían que había llegado en los años sesenta, pero para nosotros, era un loco que vivía en una casa, diminuta y hacía esculturas extrañas. Lo llamábamos el Loco, no el Alemán, ni Man, ni el Artista.

—¿Vamos a tirarle piedras al Loco? —preguntaba Lois a la salida del instituto.

Loco. No conocíamos la palabra «anacoreta». El Alemán de Camelle era un loco al que le tirábamos piedras, escondidos entre los árboles.

El sol brillaba en la vertical, las piedras silbaban más allá de los pinos, y huíamos sin esperar respuesta. Corríamos hasta sentir que el corazón

nos salía por la boca; entonces, nos tirábamos al suelo y rodábamos y nos enzarzábamos, nosotros, en nuestra propia pelea.

Éramos jóvenes.

Demasiado vivos.